

1880.—Año VI.

NUMERO 4

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directa o indirectamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenecen.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

La educación de la infancia, por X.—El espejo, poesía, por M. Sanchez.—El Secreto, por Matilde Bourdon.
—Variedades.—Correspondencia.

LA EDUCACION DE LA INFANCIA.

La educación es la base de la felicidad, no solo del individuo en el interior de la vida privada, sino de los pueblos en general.

La ingenuidad, la modestia, la dulzura del carácter, el sentimiento de la justicia, el amor al trabajo, y el santo anhelo de la caridad: todo lo que forma la virtud humana y los dones del corazón; como así mismo la ciencia, el desarrollo de la inteligencia, los conocimientos del saber humano, y el conocimiento sublime de Dios; cuanto constituye la elevación del espíritu y la grandeza del alma, todo puede serle dado al hombre con la benéfica influencia de una esmerada educación.

La Grecia, esa nación centro de la cultura y de la civilización, y emporio de las ciencias y de las artes, miraba como un asunto trascen-

dental y de una importancia suma la enseñanza de la primera edad.

Todos los niños eran educados en común, para que sus principios y su instrucción fuesen siempre unánimes y conformes. Todos debían escuchar las mismas máximas, estar inbuídos en las mismas ideas, para que más adelante pudieran todos caminar hacia un mismo fin.

En esta unión, en este comercio de la inteligencia y del pensamiento, bien pronto empezaban los niños a conocerse y a amarse y se preparaban para formar, al llegar a hombres, una sociedad perfecta é indisoluble.

En estas escuelas se premiaban todas las virtudes, coronando y elogiando a aquellos que las practicaban, y se castigaban todas las faltas empezando a estirpar de este modo el naciente instinto del vicio que como una rastrera, cizaña amenazaba agostar las bellas flores que hermosaban aquellos tiernos corazones; pero si a todas las culpas aplicaban un correctivo, ninguna era mirada con más repugnancia ni castigada con más rigor que la de la ingratitud, pues esta no es un defecto de la imaginación, sino una miseria del alma.

La Alemania también, la Alemania, cuyos adelantos y cuya grandeza no nos es posible negar a consagrado siempre una particular atención a

la enseñanza de sus hijos, y sorprende ver las sábias disposiciones y las justas leyes con que los gobiernos atendían á tan trascendental asunto.

El método de enseñar, alhagando el pensamiento y cautivando los sentidos, nos parece el mas acomodado para la infancia, cuya tierna inteligencia se fatiga con las lecciones pesadas y con los largos discursos.

El Espíritu Santo, en los Sapienciales, no enseña si no con máximas y preceptos, y Jesucristo, el divino Maestro de la humanidad entera, se valió las mas veces de parábolas, metáforas y ejemplos, para gravar mas profunda y fácilmente sus sagradas verdades y su santa doctrina en el corazon y en el alma de sus hijos.

El hombre que ha recibido en su niñez una buena y perfecta educacion religiosa y moral, sabe en todas las épocas de la vida dominar sus pasiones, sujetar su imaginacion, regularizar sus acciones, esclarecer sus ideas y ser dueño siempre de sí mismo. Su entendimiento le hace justo y prudente, tanto mas cuanto sabe pensar y aprovechar lo bueno y útil. Así, pues, para conseguir este objeto, para lograr este resultado, es preciso á los padres y maestros dedicarse lo primero á conocer las inclinaciones, el carácter y los instintos de los niños, para corregirlos, enseñarlos, y sacar partido de sus buenas disposiciones. En la reprension no deben usarse medios que exasperen y atormenten, sino los que repriman ó corrijan, como entre las medicinas solo se aplican las que curan la enfermedad sin fatigar al que la padece.

No es necesario siempre adoptar un excesivo rigor ó un exajerado castigo para enseñar ó reprender: este sistema adolecera de un gran defecto, pues igualaria las faltas leves con las culpas trascendentales, no quedando medio alguno para remediar estas ultimas. Además, una mirada, una palabra del padre ó del maestro, basta para que un niño obedezca dócilmente, siempre que en su corazon estén grabados los principios del respeto, de la subordinacion, del cariño y de la obediencia.

Uno de los medios de conseguir el amor y la consideracion de los tiernos seres á quines estamos obligados á educar, es mostrarles siempre un carácter igual, recto y sostenido, sin que tampoco carezca de afabilidad, de indulgencia y de afecto. El niño que vé vacilacion y debilidad en los que le guían ó dirigen, se tornará terco y caprichoso, pues sabe que al fin, instando ó insistiendo en la manifestacion de sus deseos, logrará realizarlos, y hacer en un todo su voluntad. Del mismo modo, el que observa que sus

padres ó maestros le tratan de continuo de un modo duro, áspero y adusto, se tornará bien pronto tímido, reservado ó hipócrita, ocultando y teniendo miedo de revelar las acciones mas sencillas y los hechos mas triviales: tambien una excesiva dureza puede inducirlos á buscar entre criados, subalternos, ú otra clase de personas, inaptas para evitarles el mal, la espansion y la confianza tan necesarias y precisas para la niñez, resultando de esto acaso males sin cuento, que el amor y el cuidado de los padres ó directores pudieran siempre evitar. Así, pues, la dulzura, la bondad y la tolerancia conseguirán mucho de los niños, ganándoles el cariño y logrando que hagan su deber por conviccion y por afecto, pues de otro modo, y empleando siempre con ellos la severidad y el temor, los de génio vivo se irritan y se exasperan, y los de carácter tímido, se vuelven estúpidos y apocados.

Las escrituras sagradas recomiendan á los padres que siempre tengan la mano levantada sobre los frutos de su amor, manifestando «que el padre que jugará con su hijo, llorará despues con él,» pero no por eso reprueba que se les dé una educacion dulce y agradable, tratándolos con cariñosa indulgencia, y condena solola conducta de aquellos que, olvidando sus mas sagrados deberes, descuidan la enseñanza de sus hijos, alhagan, ó lisonjean sus pasiones, y permitiéndoles toda clase de libertades, hacen inútil su autoridad é infructuosas sus lecciones.

X.

EL ESPEJO.

FÁBULA.

*Un padre tenia dos hijas
á quien con exeso amaba;
¡era padre! Esto bastaba
para colmar su ilusion.
Rosa era bella y amable,
y de gracias un tesoro,
y vertia fino oro
sobre sus rizos el sol.
Inés, al contrario, fea,
inspiraba horror y tedio,
siendo un eficaz remedio*

preservativo de amor.

*Un día en el aposento
las dos de su madre entraron,
y hacia el espejo miraron
que estaba en el tocador.*

*Rosa, al verse, alborozada
se recrea en su belleza;
la pobre Inés, con tristeza,
la vista al suelo bajó.*

*Pero algún tanto ofendida
con las jactancias de Rosa,
va á su padre presurosa,
y le dice:—¡Ah! Señor:
Correjid á mi hermanita;
por Dios lo pido, no os dejo,
se ha mirado en el espejo
y me trata con rigor.*

*Mandadla que á él no se acerque,
es tan rana... me fastidia...*

*—Padre mío, es sólo envidia,
dijo Rosa, que escuchó
la querella de su hermana,
El padre, que era muy sábio,
y de esta manera habló;*

*—Rosa, Inés, á ambas yo quiero
ahora daros un consejo,
y es que os mireis al espejo
constantemente las dos.*

*Tú, Rosa, para que al ver
tanto hechizo y hermosura,
como quiso la natura
darte por orden de Dios,*

*le alabes, y nunca, ingrata,
te olvides de sus favores;
ajando tantos primores,
con tu vana presuncion.*

*Y tú, Inés, para que viendo
que las gracias de tu sexo
te faltan, nunca por eso
tengas desesperacion.*

*Porque aún puedes ser muy bella,
Inés, si eres virtuosa;
pues una niña es hermosa
si virtud tiene y candor.*

M. SANCHEZ.

EL SECRETO.

(Continuacion.)

«Muy criminal soy, ciertamente, pero también muy desdichado. No tengo una hora de satisfacción, ni un minuto de reposo. Mi profesion, que antes tanto me alhagaba, me es odiosa; el ejercicio del foro, los debates judiciales, los anales oscuros y sangrientos del tribunal de los Asises me representan mis fechorias y torturan mi espíritu; los placeres del mundo no existen para mí; la amistad... ¡ay! ¿Que he hecho yo de mis amigos, de mis hermanos, de aquellos cuyo cariño incomparable me ha perdonado crímenes sin ejemplo? No me atrevo á volver los ojos á lo pasado; el presente es un tormento; ¿el porvenir? ¡No me es dado conocerlo! ¿Cuál será? ¿Viviré? ¿moriré en el estado en que me encuentro? ¿Tendré algún día valor para entregarme á la justicia de los hombres? ¿Moriré en la cárcel? La consideracion que todos me tributan es aborrecida por mí, me oprime, me degrada; sin embargo, la necesito, no puedo pasar sin ella, pues la imagen de la vergüenza pública es para mí una cosa imposible de aguantar, ¡Extraña contradiccion del espíritu humano! Yo me desprecio, me odio, y no podría soportar que otros tuviesen para mí este sentimiento atroz que bien me merezco... ¡Aquí estaria, sin embargo, la verdadera expiacion!...

«Vivo solo, de nada disfruto, no salgo de mi retiro más que para los asuntos indispensables, á nadie veo; no me siento jamás á la mesa de ningún amigo, y en mi casa procuro imponerme algunas privaciones, que bien pueden calificarse de ligeras comparadas con las que sufre Rodolfo. Pero aun cuando me impusiera todas las maceraciones de los anacoretas, aun cuando hiciese gemir mi cuerpo con abstinencias y vigiliass, nada repararia... la confesion únicamente, la confesion pública de mi crimen podría expiarlo.

«Procuro hacer también alguna obra buena: el dinero que gano lo doy, y podría dar mucho, porque mis necesidades materiales son muy restringidas... Siento á la vez un sentimiento de vergüenza y de júbilo cuando los desgraciados me bendicen, ¡á mi que soy tan indigno de ser bendecido! Si ellos supiesen los crímenes atroces con que se ha ensuciado esta mano que les dá la

limosna, ¿no la rechazarían por ventura?

«Algunos beneficios de poca importancia, descubiertos por la gratitud de las personas favorecidas, han atraído por desgracia sobre mi la atención pública. Han querido hacerme presidente de no sé que sociedad filantrópica, tesorero de otra asociación... ¡Oh! ¡Cuanto sufro, cuanto me confundo con estas pruebas de confianza!... Me sonrojo, rehúso... Entonces encarecen mi modestia, y veo con amargura cómo la opinión pública extraviada ensalza mi nombre hasta las nubes. ¿No valdrían mil veces más la cárcel, la afrenta, el castigo?

«En mis noches de insomnio el recuerdo y la imagen de Rodolfo no me dejan un instante... Se me representa pálido, macilento, mostrando insoportables padecimientos, ignominias peores que la muerte; oigo como me dice: «¡Aún habría tiempo! ¡sálvame!...» Aquí por lo menos podría reparar... He levantado entre Carlos y yo la barrera de la muerte; pero á Rodolfo pudiera libertarlo, restituirlo á la vida... no obstante mi ruin corazón se acobarda, no consiente. Siendo tan amarga mi vida, ¿cómo me inspira la muerte tanto temor? ¡Ah! ¡Es que tiemblo ante la idea de comparecer al tribunal de un Dios justiciero!

«Teníame por hombre honrado por encima de sospechas y aún de tentaciones... Un minuto ha hecho de mi un asesino, un perjuró, insensible á la voz de la amistad y del honor. Y todo ¿por qué? ¡Porque he dejado penetrar en mi corazón una pasión egoísta y fatal, deseos descabellados que han ofuscado mi entendimiento y ahogaron mi conciencia!...

«La madre de Rodolfo me ha escrito recientemente: deseaba verme y me suplicaba que fuese á visitarla en la campiña, donde se ha retirado: por grande que fuera la inquietud y zozobra que de mí se había apoderado, no he tenido valor para negarme á tan obligadoras instancias.

«¿Qué día y qué crueles angustias he pasado! Al llegar á la pobre granja en que aquella pobre madre se había retirado, supe que habiendo caído en un estado peligroso de languidez, estaba tocando á sus últimos momentos. Fueron á participarle mi llegada mientras yo me paseaba por un triste huerto, donde crecían algunos girasoles en medio de berzas y acederas. El estado de ruinas de este viejo cortizo, el abandono del huerto, el aspecto miserable y melancólico de todo cuanto me rodeaba, dió un tinte más sombrío á la tristeza de mis pensamientos habituales. Rodolfo era la esperanza de su familia: con su trabajo é inteligencia debía dar el bienestar á su madre, asegurar el porvenir de su hermana... Ahora su madre está sola y pobre, su her-

mana se ha expatriado, ganando en tierra extraña un pedazo de pan que bien amargo debe hallar. Yo soy la causa de tantos males. Esta familia era feliz y honrada; yo la he arrojado en la infamia. Esta pobre madre me quería como á un segundo hijo; yo he derramado hiel en los días de su vejez; yo soy quien la hace morir sola y acaso desesperada; yo soy también su asesino. Semejante pensamiento, por desgracia muy exacto y verdadero, me traspasaba el corazón como un dardo, y cuando vinieron á decirme que la Sra. Delannoy me aguardaba, mis piernas vacilaron.... Parecíame ser un criminal que va á oír su sentencia. Las trazas de mi profunda emoción estaban visibles en mi rostro; pero, como siempre, fueron interpretadas en favor mío. La pobre enferma alargó su mano enflaquecida, diciéndome con voz apenas perceptible:

—«Mi pobre Alfredo, ¡gracias á Dios! ¡Cuánto le agradezco su visita y sus bondades!

«No pude contestar: incliné la cabeza sobre su mano que se esforzaba en apretar la mía.

—«Deseaba verle, continuó para hablarle de nuestro Rodolfo. V. le quería mucho, y estoy segura continuara queriéndole siempre. ¿No es verdad que V., su amigo, su defensor: V. que le llamaba su hermano, no podrá olvidarlo nunca?

—«Nunca, exclamé.

—«¡Ah! No lo haga V., por Dios! añadió la madre con toda la energía que sus pocas fuerzas le permitían; ¡es tan desgraciado! ¡necesita tanto que se acuerden de él! ¡Por esto le he rogado á V. que viniese á verme antes que yo muera, á fin de encomendarle mi pobre hijo inocente y condenado! Ya lo ve V.... voy á morir; no he podido sobrevivir á la vergüenza y desventura de mi pobre hijo; pero antes de ir á unirme con Dios, he querido confiarlo á un corazón amigo, al de V., mi buen Alfredo.

«Detúvose rendida, dirigió una mirada ardiente al Crucifijo, y después de un momento de silencio, dijo:

—«Le protegeré V., ¿no es verdad? V. puede mucho; V. es apreciado, considerado. ¿Quién sabe? ¡Acaso pudiera V. conseguir le rebajen algo su pena ó por lo menos le concedan algún alivio!... ¡Oh! Alfredo, nada descuidará V., ¿no es verdad?

«Ahogado de dolor y de remordimientos nada contesté. Ella hizo un esfuerzo, levantóse sobre la cama, y cogiendo mi mano con suma energía, añadió:

—«¡V. lo cree inocente! ¿no es verdad?

—«Sí, dije; ¡lo juro!

—«¡Ah! ¡Cuán grata me es esa palabra! ¡Dios le bendiga por ella! Sí, mil veces sí; mi hijo es

inocente. ¿Cómo es posible que siendo tan bueno, tan amable, tan cariñoso, matare á Carlos, á su amigo, á su hermano?... Aun cuando todos los testigos de la tierra se coaligaran para declarar contra él, no cesaría de gritar que es inocente. La madre solamente conoce á su hijo; yo conozco á Rodolfo; ¡yo sé que padece, que muere por un crimen que otro ha cometido! ¡Ah! Dios es justo; un día se descubrirá el verdadero culpable, y se verá cubierto de vergüenza é ignominia... A estas horas sin duda los remordimientos lo están atormentando ya...

—«¡Y lo están vengando! dije yo en voz baja.

—«Nada de venganzas, repuso: al prepararme á la muerte he ofrecido al Señor el sacrificio de mis pasiones; yo perdono á aquel cuyo silencio ha llevado á mi hijo á la cárcel, y ruego á Dios le dé su gracia para que tenga un buen arrepentimiento.

«Al oír estas palabras mi corazón se desgarraba de dolor. Una voz me gritaba: ¡Promete á esta madre moribunda la libertad de su hijo! A pesar de esto me callé, como me había callado ante el tribunal de los Asises.

«La Sra. Delannoy estaba postrada sobremanera. La agitación por que acababa de pasar había gastado los últimos restos de su vida, su mirada se iba apagando, su mano incierta buscaba la mía: atrevíme aún á acercar mis labios á esa mano venerable, y de repente se escaparon sobre ella algunas lágrimas que no pude contener.

—«¡Llora V.! dijo, ¡llora V. por mi Rodolfo! ¡oh mi querido Alfr. do! ¡V. no lo abandonará; V. lo socorrerá! contésteme.

—«Haré cuanto pueda, dije en voz baja.

—«¿Quién sabe! ¡Tal vez logrará V. el triunfo de la verdad, dando á conocer el verdadero asesino, y devolviendo á mi hijo la libertad y la honra! ¡V. lo ha defendido, V. está convencido de su inocencia! ¡V. es su amigo!... Tome V. ¡Ahí tiene su última carta!

«La enferma metió con pena la mano bajo su almohada, sacó una carta bastante magullada, y me la entregó. Abríla temblando, y reconocí desde luego el carácter de letra que tantas veces me había llevado el tierno gozo de la amistad. Hé aquí su contenido:

«Mi querida y buena madre:

«Tú te afliges demasiado, y tus dolores añaden un dolor nuevo á cuantos pueda yo sufrir. Sin embargo, no lo dudes, usas aquí de bondad conmigo; me tratan mejor que á los demás penados: de día trabajo en las oficinas, libre de la cadena y de la pareja criminal que me habían dado. Por la noche solamente vuelvo á ocupar

«mi sitio entre mis compañeros... Noches largas y siniestras... Mas el pensar en tí, madre de mis entrañas, me sostiene, y sobre todas las cosas el pensar en Dios fortalece mi alma. Aquí en mis días de angustia, en mis noches de insomnio es donde he aprendido á conocer y amar al Todopoderoso, consolador de los afligidos, que tiende sus amorosos brazos á los que padecen por la justicia, á los oprimidos y calumniados. Tanto es así, madre de mi alma, que aunque mi suerte parece insostenible á la naturaleza, hay momentos en que bendigo las cadenas, pensando que aquí he vuelto á ser cristiano.

«Dá gracias á Dios conmigo y por mí, madre querida; la vida y sus penalidades son un soplo. Dentro pocos años, dentro pocos meses tal vez, estaremos reunidos para siempre, ¡y entonces verás, madre mía, que tu hijo no era un asesino! Bien que tu corazón maternal conoce el mío, y no has dudado un instante de mi inocencia! roguemos por aquel que, más desgraciado que yo, ha matado á Carlos y deshonrado á Rodolfo... Adios, madre de mi corazón: beso tu mano amada, y te suplico de nuevo no te aflijas por mi suerte, conformándote como yo á la voluntad de Dios. ¡Sea bendito para siempre y vele por tí!

«Tu hijo,

«Rodolfo.»

«Esta carta me dejó anonadado: la virtud de Rodolfo me llenaba de confusión y remordimientos. Levanté al fin mis ojos hacia la madre de mi amigo, que los tenía fijos sobre el Crucifijo, recordándome la Madre de los Dolores. Aún se notaba en sus labios un ligero movimiento, aún estaba orando, si bien se leían en su rostro los signos precursores de la agonía. Dirigió finalmente hacia mí sus ojos apagados, antes tan brillantes y llenos de ternura, diciéndome con voz casi imperceptible:

—«¿Ha leído V.? ¡Es muy desgraciado! si bien el Señor le hace grandes favores. Pero V., Alfredo, V. lo sostendrá, V. lo defenderá siempre, ¿no es verdad? V. irá á verle, V. irá á llevarle mi adios y mi bendición... ¡Pero antes, querido amigo de mi pobre hijo, reciba V. la mía! La oración postrera de una infeliz madre bien desconsolada es para V., Dios la oirá. Sí, Él le pagará todo cuanto ha hecho por Rodolfo. Ni su misericordia ni su justicia dejan nada olvidado. Él me atenderá cuando yo ruegue por V.... Venga V. á recibir mi bendición, y llévela á mi hijo amado.

«A esta orden terrible me levanté, y fui á arrojarme de hinojos junto á la cama, ocultando entre mis manos mi frente culpable. La moribun-

da extendió sus brazos débiles, y balbuceó con voz temblorosa:

—«Quiero bendecirle, abrazarle y morir entre los brazos de V., que me recuerda á mi hijo...

«Era ya demasiado; retrocedí instintivamente apartando aquellas manos que me bendecían, y dije bajando la voz: No me bendigais: solo merezco maldición; yo soy quien ha matado á Carlos y ha mandado á Rodolfo á presidio.

«¿Me comprendió la madre? yo creo que sí, porque su última mirada expresaba horror; sus manos volvieron á caer sobre la cama, quiso hablar, pero no pudo articular palabra... Nada más vi; aterrorizado por lo que yo mismo acababa de decir, por aquella maldición inevitable que iba á pesar sobre mí, volví á caer de rodillas, ocultando la frente y los ojos, y junto al lecho de muerte derramó un torrente de lágrimas amargas y ardientes. ¿Cuánto tiempo trascurrió? Lo ignoro, solo sé que volví en mí á la voz de la hortelana que decía: «¡Ay! ¡Esta pobre señora ha muerto! ¿Cuánto ha sufrido en esta vida! Dios la tenga en su santa gloria.»

«Levantéme y no vi más que la triste forma del cadáver que la mano respetuosa de la hortelana acababa de amortajar. No tuve valor para descubrir, para ver otra vez aquella cara que aunque inmóvil debía ser terrible para mí, y me aparté de aquel sitio fúnebre, colmado, como siempre, de elogios aterradores, tributados por esas buenas gentes que se extasían ante mis bondades y sensibilidad. De todas las peripecias que me desgarran, esta es la que más me dá que sufrir... ¡Oh vida de mentiras! ¿cuándo acabará? ¡Vida de cobardía! ¿cuándo hallarás tu expiación?

«He asistido esta mañana á una Misa en sufragio de la señora Delannoy. Al hacer celebrar por ella, tan creyente, el adorable sacrificio, he creído hacer bien á su alma y honrar su memoria, pareciéndome que de una á otra vida este sacrificio de reconciliación transmitía mis remordimientos y me infundía valor para reparar mis crímenes. Por vez primera despues de muchos años he orado... He elevado mi mente al Dios de mi infancia, he cedido á los gritos de mi conciencia, he derramado lágrimas de sincero arrepentimiento. Despues de la Misa, hallándome solo en la iglesia, me he postrado de rodillas, he vuelto á orar, he desahogado mi corazón, he ensanchado mi espíritu oprimido por la maldad, he pedido luz, fuerza y todos los auxilios necesarios para... Por vez primera me sentí consolado; parecíame que un sér benéfico había escuchado mis súplicas, que se me había tendido una mano poderosa; por primera vez despues de diez

años me atravi á esperar... ¿qué? lo ignoro.

El perdon, la paz, sin duda, porque apreciaba ahora la tranquilidad del alma como en otro tiempo los dones más preciosos de la existencia. Pero esa tranquilidad, esa paz no puedo adquirirla si no reparando el mal espantoso que he causado... Si la disposición en que me hallaba esta mañana fuese duradera, pareceme que tendría valor para ello.

(Continuará).

Matilde Bourdon.

EL NIÑO DESOBEDIENTE.

CUENTO.

En una población de Castilla la Vieja, habitaba un matrimonio con tres hijos, á los que profesaban el más extraordinario cariño. El mayor Juanito, tenía diez años y era un muchacho fuerte y robusto; Lucas, que le seguía, contaba siete, y era muy endeblito. La niña Clotilde no había cumplido seis todavía.

Don Juan, que así se llamaba el padre, enviaba todos los días á la escuela á sus hijos y como estaba cerca los dejaba ir solos, contentándose con vigilarlos alguna vez.

A Clotilde solía acompañarla una criada, y muchos días sus mismos hermanitos la iban á buscar.

Una tarde salieron como de costumbre Juanito y Lucas, con sus libros en el brazo, suspendidos de una correa, para dirigirse á la escuela.

Su madre al salir les dijo abrazándolos:

—Cuidado, hijos míos, que no os detengais en ninguna parte: derechos á la escuela, y sed buenos y aplicados, y sobre todo muy obedientes y sumisos, porque á los niños rebeldes los castiga Dios.

—Descuide usted, querida mamá, que así lo haremos, contestó Lucas ingenuamente, besando á su madre con el mayor cariño.

Juanito se calló, y devolviendo con frialdad el beso que había recibido, echó á andar á la calle, sin volver la cabeza.

Quando se hallaron á cierta distancia de la casa, enlazó su brazo al de su hermano, y le dijo con decisión:

—Yo estoy ya cansado de la escuela y de la sujeción tan grande á que nos someten; si tú quisieras, Luquitas, esta tarde nos íbamos a pasear á la Alameda, cogemos nidos y mariposas, nos divertiremos mucho.

—¡Ay! no, Juanito, por Dios; ¿qué diría mamá? Ya ves, nos mandan ir á la escuela, y la desobediencia la castiga Dios.

—No lo creas, tonto; eso lo dice mamá por amedrantarnos; nos vamos á divertir, y no tienen necesidad de saberlo en casa; por una falta no diría nada el maestro.

Viendo que Lucas vacilaba, Juanito apeló á un recurso supremo; sacó de su bolsillo seis cuartos, y enseñándoselos, dijo:

—Mira, estos cuartos que me dió mamá para comprar

papel, los empleamos en naranjas y en piñones, y nos los comemos en la Alameda. Verás que deliciosa merienda.

Fácilmente se dejó seducir el niño pequeño, y en vez de irse á la clase, se fueron al campo, donde pasaron alegremente la tarde volviendo al anochecer á su casa rendidos de tanto correr, y encarnados como la amapola.

—Jesús, qué sofocados venís les dijo su madre.

—Es que queria pegarnos un chico, y venimos corriendo desde la escuela porque no nos alcanzase. contestó Juanito, haciendo señas á Lucas para que no descubriese la escapatoria.

—Por la noche D. Juan dijo á su mujer:

—Esta tarde no han ido los niños á la escuela: me he encontrado al maestro y me lo ha dicho; es necesario vigilarlos para saber dónde han estado tantas horas.

—Así me ha chocado á mí verlos llegar encendidos como la grana y tan cansados que duermen como troncos; yo lo averiguaré mañana, dijo Doña Pilar.

—No, esposa mía, déjame á mí ese cuidado, tú te haces la desentendida, y no les digas nada, contestó don Juan.

A los pocos días de aquella escapatoria, que les salió tan bien, los niños intentaron hacer otra; pero quisieron que les acompañase Clotilde, para que disfrutase también de los placeres que se prometían. Al efecto se marcharon juntos á la escuela, y como la criada los acompañase, la hicieron volver á la mitad del camino, diciéndola que ellos dejarían á Clotilde en su colegio, y se irían despues á la escuela. La muchacha que nada recelaba se volvió á casa.

Locos de alegría, los niños, en cuanto se vieron solos, se encaminaron á la Alameda, muy ajenos de figurarse que su padre los vigilaba, siguiéndolos á lo lejos. Emplearon en golosinas algunos cuartos que habían podido recoger, y se fueron á la orilla del río, corriendo y saltando, persiguiendo mariposas y subiéndose á los árboles para buscar nidos.

De repente se presenta á su vista un hombre de muy malas trazas, con unas barbas y una voz tan bronca que asustaba sólo verle y oírle.

Juanito y Lucas estaban en lo alto de un árbol, buscando un nido de tórtolas, y Clotilde se había sentado sobre la yerba.

En cuanto vió al mendigo, se puso á gritar muy asustada:

—¡Juanito!... ¡Juanito! baja pronto; baja por Dios, que tengo mucho miedo de verme aquí sola.

—¿Qué quiere usted, buen hombre? preguntó Lucas desde lo alto.

—Una limosna, contestó el interpelado con tono brusco.

—No tenemos nada, ya nos hemos comido la merienda; perdone usted por Dios, dijo Juanito.

—Pues me llevaré esta niña y vosotros sufríreis un fuerte castigo, por desobedientes y malos.

Diciendo esto, cogió en sus brazos á la niña, echando á correr con ella; la pobrecita quiso gritar, pero la voz se ahogó en su garganta y ni llorar pudo, hasta que se encontró en los brazos de su padre que la esperaba no lejos de allí, y que temiendo, como era tan pequeña, la dejasen caer al río, se valió de un labriego para que se la llevase, proporcionando también así á los niños un buen susto, que fuese su castigo por desobedientes.

Los dos niños se quedaron al pronto aturdidos al ver

que se llevaban la niña, y no acertaron ni á bajar: tirándose desde lo alto de un árbol, Juanito cayó el primero y no se hizo nada; pero Lucas descendió con tan mala fortuna que se torció un pié y empezó á lanzar gritos desgarradores.

Juanito, que era el causante de aquellas dos desgracias no sabía á á quien acudir primero, si á su hermano, ó al mendigo, que corría á todo correr, con la niña en brazos, y estaba ya á una respetable distancia. Se decidió por esto último, y emprendió una carrera desesperada, aunque inútil, porque el raptor desapareció en un recodo del camino, detrás de un olivar, y no pudo encontrarle; solo vió un carruaje á lo lejos, que marchaba con velocidad.

Desesperado y vertiendo amargo llanto, volvió á buscar á su hermano Lucas, se le cargó á cuestás, porque el infeliz no podía sentar el pié en el suelo, y se dirigió con él hacia el pueblo, pidiendo socorro en la primera casa que encontró.

—Pero ¿qué le ha sucedido á este niño? preguntó una pobre mujer que allí había.

—Se ha caído de un árbol, y le duele tan horrorosamente el pié derecho, que ya ve usted cómo viene dando gritos. ¡Ay, señora, haga usted el favor de llamar á un médico, ó cuide de mi hermano mientras yo voy á buscarlo.

—No, hijo mío, no, ayúdeme, entre los dos le llevaremos á tu casa, ¿dónde vives?

—Aquí cerca; pero Dios mío, si me presento á mi padre me va á matar; por piedad llévele usted sola, y yo en tanto corro á buscar á mi hermanita pequeña, que nos la han robado.

—¡Robado! ¿y cómo? exclamó la mujer.

—Nos la ha quitado un hombre; nos marchamos al campo en lugar de ir á la escuela, y Dios nos ha castigado; me voy corriendo, llévelo usted.

—Si, le llevaré porque me dá compasión este infeliz, niño, dijo la mujer tomándole en brazos.

—Dios se lo pagará á usted. Aquí en la calle Real núm. 4, vivimos: mi padre se llama D. Juan y mi madre Doña Pilar; dígales usted que no vuelvo á casa hasta encontrar á mi hermana; y tú, querido Lucas, perdóname la desgracia que te he causado; tú no querías seguirme.

—Yo te perdono; pero no te detengas, busca á nuestra hermanita, que mamá se morirá de pena al ver que no parece.

—Qué bueno eres; no me perdonará papá tan fácilmente como tú.

Juanito echó á correr otra vez por el sitio donde desapareció el mendigo, preguntando á cuantas personas se encontraba en el camino; se informó de los labradores que volvían del campo, y por último, dió parte de la fatal ocurrencia á una pareja de la Guardia civil, suplicándoles le ayudasen á buscar á su infeliz hermana.

Los guardias le tranquilizaron mucho, diciéndole que volviese á su casa, que ellos quedaban encargados de indagar su paradero; pero Juanito se empeñó en seguirlos, y eran ya las diez de la noche sin que hubiesen logrado adquirir la menor noticia. Entonces los guardias llevaron el niño á su casa, á pesar de su resistencia, para tranquilizar á sus padres, que estarían con cuidado.

Efectivamente, la mayor aflicción reinaba en la casa: Doña Pilar estaba cuidando á Lucas, á quien ya un cirujano había vendado el pié, y á la niña que estaba

acostada, y tenía fiebre muy intensa, á causa del sol que había tomado toda la tarde y del susto que llevó. Doña Pilar recibió á Juanito con la mayor severidad, diciéndole que su padre se había encontrado á la niña en brazos de un hombre que se la llevaba, y después de quitársela y traerla á casa, había vuelto á buscar al niño desobediente para castigarle según merecía.

Juanito redobló su llanto y pidió perdón á su madre jurando que jamás volvería á desobedecerla; pero la buena señora no quiso perdonarlo, y le castigó encerrándole en un cuarto oscuro hasta que su padre volviera y determinase de él.

Don Juan llegó ya cerca de las doce de la noche lleno de disgusto y de fatiga, y se mostró inexorable con aquel hijo indócil, que les había proporcionado un disgusto tan grande.

Aunque en apariencia, Doña Pilar también se mostraba severa; pidió á su marido que perdonase al pobre arrepentido, que lleno de lágrimas prometía no volver á faltar á sus clases.

Don Juan conoció que para la enmienda era necesario un escarmiento, y le tuvo ocho días preso sin ver á nadie, y sin más alimento que pan y agua. Juanito dió muestras de tan sincero dolor que al fin consiguió ablandar el corazón de su padre, no sin que Doña Pilar dejase de interponer su influencia para obtener un amplio perdón.

Ya la niña estaba buena, y Lucas apenas se resentía de la dislocación del pie, recibiendo ambos á su hermano con las mayores muestras de cariño.

Desde aquel día fueron muy dóciles y aplicados, no faltaron nunca á la escuela, siendo un modelo de niños juiciosos y prudentes.

La desobediencia, queridos niños, es la falta más grave que pueden cometer las criaturas, y la que Dios no perdona, enviando á los niños desobedientes, como Juanito, mil disgustos y desgracias, porque ninguna falta se queda en este mundo sin castigo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

VARIEDADES.

Se ha observado recientemente que esparciendo en las huertas y jardines algunas zanahorias, se adhieren á ellas y las rodean todos los caracoles y babosas que halla, pudiéndose después arrojar para exterminarlas en una vasija llena de agua mezclada de un poco de ácido clorhídrico.

Creemos este sencillo procedimiento de gran utilidad para destruir dichos moluscos, tan perjudiciales en los campos en las estaciones húmedas.

*

*

Conservación de la leche.—Un diario de Londres publica un medio muy sencillo para conservar la leche fresca durante un año y aún más, si se quiere: este medio, muy usado en Inglaterra, consiste en poner la leche en una botella bien cerrada, la cual se mete durante un cuarto de hora en agua hirviendo; preparada de este modo, cuando se destapa la botella se encuentra la leche tan buena como acabada de sacar de la vaca. Este procedimiento tan sencillo y poco costoso puede ser útil á muchas personas, y por eso lo publicamos.

CORRESPONDENCIA.

Olot. Sra. doña A. F. de P., quedan anotados los 24 rs., le doy á V. el pésame y la enhorabuena.

Padron. Rdo. P.^a Fray E. de S. Quedan recibidas las 7 pesetas; no conozco ninguna persona de las condiciones que indica.

Palma del Rio. Sra. doña A. G. H., abonados los 10 reales.

Paraguero. Sra. doña F. G., anotados los 4 rs.

Palma del Rio. Sr. don J. J. A., recibidas las 20 pesetas y le damos gracias por su bondad.

Llanes. Sr. don M. M., abonado hasta Julio del 80.

Molinos de Duero. Sr. don P. A., en nuestro poder los 8 reales.

Montejaque. Sra. doña F. D., recibidas las 6 pesetas y anotada una á su hermana.

Córdoba. Sr. don Miguel Yuste, abonados los 24 rs.

Antequera. Sra. doña D. E. de B., recibidos los 8 reales; los números se le remitirán según vayan saliendo.

Alesanco. Sra. doña M. L., anotados los 24 rs.

Almería. Sra. doña M. B., recibidas las 6 pesetas.

Bujalance. Sra. doña C. C., en nuestro poder las 13 pesetas.

Badajoz. Sra. doña A. P.; con las seis pesetas que envía deja abonado hasta fin de Abril del 81.

Bordalba. Sra. doña R. M., recibidos los 24 rs. y conformes con su cuenta.

Priego. Sr. don R. T., recibidos los 42 rs., conforme con su cuenta; la Ruina del hogar, no se la hemos enviado por que no tenemos ejemplares.

Proaza. Sra. doña M. H., recibidos los 40 reales.

Córdoba. Sra. doña R. A. y F., en nuestro poder los 16 reales y la complaceremos en lo que desea.

Cádiz. Sra. doña B. L., recibidos los 8 rs. y se le complacerá en lo que desea.

Mugardos. Sra. doña J. P., recibidas las cinco pesetas y remitidos los números que pide.

Málaga. Sr. don M. P., anotados los 14 rs.

Málaga. Sr. don J. C., recibidos los 20 rs. No es que no le remitimos el periódico, sino que sale con atraso.

Ocon. Sra. doña J. O., abonado hasta fin de Abril del 80.

Orotaba. Sr. don D. V. de Neda. Recibidos los 34 reales; esperamos la nota para remitirle los números.

Pozo-Estrecho. Sra. doña D. E. y M., le remitimos los números que desea, dándole gracias por su amable carta, y estamos conformes en lo que en ella indica.

Preizana. Sr. don M. B., recibidos los 40 rs.; deja abonado hasta fin de Agosto del 80.

Proaza. Sra. doña G. M., en nuestro poder los 40 rs., dejando pagado hasta fin de Junio del 80.

Pedraza de Alba. Sra. doña M. S. S., recibidos los 36 rs., deja abonado hasta fin de Abril.

Peñaflor. Sr. don C. S., recibidas las 12 pesetas, complacido en lo que indica.

La Directora.

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia»